

III. Trabajar contra el hambre

Cayetano: Me tocó la mili en cuanto terminó la guerra y estuve allí tres años y medio. Volví a Orellán y encontré el campo peor que nunca. No podía ser seguir trabajando de esa forma. Así, pues, aprendí de zapatero con una familia.

Aquel matrimonio tenía siete u ocho hijos y no tenían más que la zapatería para comer. Vivían en un pueblo vecino, a una distancia de 18 km. y yo iba por el monte, con mi saquete de comida, aceite y pan, un pan al que ya le podías pegar de puntapiés que no se te rompía; parecía cemento armado. Al principio me daban 2 o 3 pesetas a la semana; luego empezaron a darme también de comer, pero los hijos de aquel matrimonio pasaban más hambre que yo. Comían todos de la misma perola, repartían el pan y yo cogía mi trocillo. Después me daba ya vergüenza comer más, y para eso me traía yo mis provisiones del pueblo, pero aquellos chavales me lo habían ventilado siempre antes que yo. Más moradas que en la mili las pasé. El padre les quitaba los mocos a los chavales con la cuchara como lo más natural del mundo, y luego ¡hala! a seguir comiendo de la misma perola. ¡La madre que le parió! Iba a buscar mi botella de aceite, ¡coño!, había desaparecido...

Angeles: Era cuando ya estábamos de novios, que no sé cuánto tiempo duraríamos.

Cayetano: Nos casamos el año 47, pero tan miserablemente que me fui a comprar un traje de ofertas creyendo que hacía la gran compra, y el mismo día de la boda se me desgració, que se abrió la culera entera de delante a atrás. Lo único bueno que llevaba eran las botas, que yo mismo me había hecho.

Casado ya, me establecí de zapatero de un pueblo a otro. Pero aquello no daba para vivir, y además fui víctima de varios atropellos. Fueron algunos Guardias Civiles, que, aprovechándose de las circunstancias exigían un buen trabajo y luego no pagaban. Algunos me pagaban la mitad de lo que les pedía, que era una miseria, pero los había que no pagaban nada. Y al reclamárselo yo, porque vivía de aquello, me amenazaron con pegarme.

Este comportamiento no era conmigo sólo. Se hartaban de comer sin pagar un céntimo, hacían lo que les daba la gana avasallando a la gente, y contentos todos de que no te dieran además un puntapié. Podría yo contar ahora muchos casos de estos y con mil detalles, y yo creo que por suerte no se me han olvidado.

Un paisano, que ya llevaba muchos años viviendo en Argentina, me dijo un día:

— Hombre, en Buenos Aires, como zapatero te ganarás la vida. Arreglas los papeles y yo te reclamo.

Ni dinero tenía para ir al consulado de Vigo a arreglar los papeles. Además tuve que luchar contra todos, porque ninguno quería que me fuera. No es lo mismo Argentina que Alemania, y esto de la emigración a Europa todavía no existía entonces. Pero, yo, duro; quería que la situación económica de la familia cambiara. Al fin, cuando ya lo tenía todo arreglado y aquel paisano me tenía que reclamar, no me reclamó. Abandoné la idea y nos establecimos en otro pueblo.

Angeles: No paramos, no paró. Se fue a un pueblo, después a otro y a otro, como los gitanos. Tenemos tres hijos y cada uno es de un pueblo diferente. Donde más tiempo estuvimos fue en el pueblo de las minas.

Cayetano: Estuve tres años trabajando en unas minas de hierro donde no quería trabajar nadie. Tampoco hoy nadie quiere trabajar en unas minas como aquellas. Es el trabajo más tirado que hay, peor que un barrendero, que un basurero, exponiendo siempre tu vida al accidente o a la enfermedad.

Yo trabajaba en un pozo a más de 200 metros de profundidad, el pozo vertical, que lo llamaban, metido siempre en el agua y la humedad. De vez en cuando había que limpiar la caldera del fondo y pedían voluntarios y nadie se ofrecía, porque era un peligro tremendo: cualquier piedrita que se te cayera, en aquella profundidad, te mataba, y se caían continuamente. El trabajo se hacía en media hora, pero el capataz decía:

— Le doy quince horas extras al que baje.

Nada.

— Le doy veinte.

Nadie.

Hasta que se ofrecía alguno por la necesidad. Allí caía agua por todos los lados y te embarrabas hasta el cuello. Se sudaba de negro peleando sólo con la pala, porque el hierro y el carbón son una cosa que a nada que esté quieto se prensa sólo con su peso. Quiero a veces olvidarlo; pero no puedo olvidar la alegría con que llevaba aquellas cuatro perras para casa: «¡Hoy no me ha ocurrido nada!...» pensaba, y me embolsaba las horas.

Angeles: Esto era el año 58, veinte años atrás. Cuando hacía estas horas extraordinarias, cuanto más llegaba a traer era dos mil quinientas al mes.

Cayetano: Como ni con la zapateria ni con la mina se podía tirar para adelante, pusimos un molino de piensos y, como podíamos, alternábamos molino, mina y zapatos; hacíamos las tres cosas como podíamos. Bien, al final me di cuenta que ganábamos más perrillas con el molino que con todo lo demás junto. Pero no podía explotarlo porque no tenía vehículo. Me decidí a comprarme un triciclo viejo, yo creo que de quinta mano ¡estuve por quemarlo vivo o despenarlo de las rabias que me dio! Pasé con él unas perrerías increíbles.

A veces me iba al molino, y para ir se pasaba por unas cuestas empinadas; a mitad de camino ¡plaf!, parecía que se me anegaba. Marcha atrás no tenía, sólo iba para adelante y ¡me cago en diez!, se me paraba y los frenos no me iban.

Venía yo un día transportando una cerda de un pueblo al otro, y se me quedó parada la moto. Digo: voy a buscar al mecánico al otro pueblo. Pues cuando vuelvo, la cerda ya se me había comido una gabardina que tenía y que dejé colgada encima de unas maderas bien lejos del dichoso animal.

Otro día, un hombre que a menudo me llamaba para transportarle trastos, me pidió que le llevara un armario ropero grande. Iba yo con la moto y el armario sujeto que se me salía por todas partes, y de frente veo venir una pareja de vacas arrastrando un arado. Nos apartamos lo que pudimos porque el

camino era estrecho y daba poco de sí. Nada, que tira la vaca para adelante y mete el cuerno dentro del armario. ¡Me cago en la puta! Siento yo la moto ligera, me doy la vuelta y veo el armario volando colgado del cuerno de la vaca:

— Animal, ¿qué usted no veía?, —me dice el tío de la vaca.

— So tonto, el que no veía era usted.

¡Buenos arreglos nos costó el sacarlo de allí con la vaca enfurruñada!

Angeles: Me tenía alerta siempre a mí aquella moto. Cuando se marchaba al molino, yo estaba en vilo. Raro el viaje que no le pasara algo o que no tuviera un trapiés. ¿Le habrá pasado algo? Siempre así: ¿le habrá pasado algo? Y un día lo que le pasó cuando me llevaba a mí... Estaba yo embarazada de Juanjo, ¿qué, embarazada?. Mira, que si continuamos el viaje aquel día...

Cayetano: Me la llevaba a ella desde el pueblo donde estábamos a Ponferrada, que estaba a siete kilómetros y la metí en el asiento de detrás. De repente siento que el triciclo iba ligero, fuera de lo normal. Miro para atrás y se había caído, la veo dando tumbos por la carretera. ¡Me cago en diez!

Angeles: Pues aquella misma noche di a luz a Juanjo; sin reconocimiento, sin comadrona, ni Dios que lo pintara. Bueno, al fin y al cabo, los tres que tuvimos fue así; con una vecina y ya está. Allí esto es lo más cómodo.

Cayetano: ¡Los desastres que pasé con aquel trasto!. A veces de furia cogía piedras con la intención de tirárselas al motor y desgraciario de una vez... Pero se me metió en la cabeza que aquello podía ser nuestra salvación. Hasta que le dije: «¡Que te lleven los demonios!». Y me fui a Alemania.

Avelino: Después que volví de la guerra, me quedé ocho o nueve años en el pueblo. Pero aquello ya no podía ser. Me quedé allí por mi madre y, aunque con toda nuestra familia y nuestra hacienda arruinada, empecé a desenvolverme en la miseria. Entonces me casé con Rufina, los dos somos de Tamurejo y nos conocíamos desde pequeños.

Nuestra emigración tiene su comienzo en esta miseria que sufrimos. Aquella miseria la sentía uno en todas partes: en la familia, en el trabajo, en la comida en los juegos de los niños... Si miramos para atrás, la tenemos como principal recuerdo. Fue esa vida tan terrible la que al fin nos obligó a dejar nuestra tierra. Era sólo trabajar y trabajar sin descansos ni domingos y sólo para poder pagar a duras penas las deudas y tapar las trampas. Era trabajar contra el hambre: levantarse a las 4 de la madrugada, aguantar el frío, caminar kilómetros de distancia. Aquellas eran faenas para bestias y al final de ellas el dinero no entraba en casa.

Yo me dedicaba a trabajar por mi cuenta: a descuajar, quitar el monte, limpiarlo, sacar las raíces y dejar el terreno limpio para roturarlo; algunas veces los dueños te lo dejaban sembrar durante unos años, y lo que sacabas era para tí. Y mientras lo estabas limpiando, te mantenías de la leña que sacabas, porque con la leña podías hacer carbón. Pero ya con eso había chupasangres: si el año venía malo tenías que venderle el grano al Sindicato. Y si venía bueno te decían que ya lo recogerían ellos mismos. Como no lo hacían e iba pasando el tiempo, al final venían unos estraperlistas, que eran los mismos del Sindicato, que para que no te murieras, te proponían: «Bueno, lo que yo puedo hacer-te es que si quieres yo te compro el grano...»

Y es que allí el cacique tiene metido el pie en el cuello de la gente. Mucha explotación es lo que había, mientras Franco y sus ministros cazaban en los

cotos. No puedo decir la amargura que tienen familias enteras que he conocido sin esperanza de salir algún día adelante, sabiendo que no van a poderse sacar esa necesidad tan grandísima.

Yo fui malviviendo, engañado por los estafadores. Hasta que un año, en que precisamente tuve muy buena cosecha de la poca tierra que había limpiado, tuve la mala suerte que me dio el sarampión. Me puse muy malo, me moría, tuve que dar la cosecha; no me encontraba con fuerza para nada. Aquello fue el final.

Esta es la verdad del campo actual, pues si nos hemos marchado de allí es porque lo tienen entre cuatro, no porque aquello sea menos sano que esto, que Andalucía y Extremadura son anchurosas y riquísimas, y la verdad, yo me añoro de aquello, pero sólo de recordarlo me da pánico. Ahora yo pensando en estos años, me he dado cuenta de lo que esto quiere decir y siempre llevaré esta espina clavada dentro. No habrá quien me la saque: que la vida que hemos llevado y la vida que nos han tenido, ha sido una burla. Que a los campesinos nos han tenido abandonados. Y me pregunto después de estos años: ¿cómo es posible?

Pensar en aquello, por una parte me alegra, pero por otra sólo pienso en los traficantes, en los curas y guardias civiles, en los abusos tan grandes que pasé, en que a lo mejor ha helado, y ya se me pasan las ganas y me conformo con lo que ahora tengo.

Sr. Paco: A mí lo que más me ha gustado siempre ha sido trabajar la tierra. Mi vida hubiera sido feliz de haber encontrado una huerta para trabajarla, que toda Granada es una huerta. Yo soy de Chauchina. Y ya soy mayor, tengo 74 años, o sea que nací en el año 1905. aquello entonces era una preciosidad de terreno... Mi padre tenía un olivar y desde pequeño hice en el campo todo lo que veas.

Mi padre era agrimensor, pero sin título ni enredos, sino práctico. Estuvimos un montón de tiempo en un cortijo que compró uno de mi pueblo. Mi hermano mayor y yo caímos en la cama malos. Entonces no había médicos, no veían los médicos las cosas como ahora. Así que me quedé con una endebles por lo que llevo el cayao; yo siempre de los pies me he valido muy mal desde entonces. Pero a mi hermano le fue peor. Le quedó una cosa de endebles de ánimo. Era como si hubiese un difunto en familia, siempre sentado en una silla, leyendo el periódico. Murió hace dos o tres años y hasta el final estuvo decaído.

Yo he sido todo lo contrario, he tenido ánimo para vivir y para tener amigos. Yo me iba a escardar a ocho o diez kilómetros. Yo me eché para un lao, sin maestro ni nada. Yo me hice como el que más sabía de la cuestión del tabaco y me inventé unos secaderos propios. Tanto es así que vino un señor para preguntar de quién había visto yo el secadero y yo le dije: «Pues mire, yo he ido poniendo idea, idea, idea y lo hago bien». Entonces, todos los cultivadores de tabaco me decían: «Paco, me tienes que hacer un secadero como ése», y yo no podía, no tenía tiempo para eso.

También trabajé de nivelador de tierras, para el riego; nivelarla para saber cómo hay que hacer los arroyos, cómo hay que hacer los canteros de grandes para que entre el agua y quede embalsado todo con la misma agua, para regar mejor. Porque en una finca bien nivelada entra el agua y va regando, y llega

el cantero y tapa, y llena otra y tapa y así todas, y el agua queda allí y ese riego dura más que el que no más entrar va corriendo. La verdad es que muchos allí no nivelaban las papas y me llamaban a mí para que luego de estar ya las papas grandes les hiciera el nivel. La manera como lo hacía era pensada mía, y le pedí a un cuñado que me hiciera los instrumentos. Aparte de que yo siempre he querido una poquita labor para mí, porque yo tenía que trabajar en lo mío, pero con lo que ganaba sólo cubría los gastos.

Así era mi vida, yo cavaba en el soto, pero cuando vino el gobierno este, aprovechó el amo del soto, que era un tabaquero, para ponerlo en venta, y como todos los pobrecicos que trabajábamos allí no teníamos dinero para comprarlo, lo tuvimos que dejar. Que si no entra el Movimiento no hubiera podido vender aquello.

Ahora que ha subido el campo, los peones y todas las cosas, los labradores se echan las cuentas y se dicen: «En este cortijo me va a costar a mí el peonaje un millón de pesetas, por ejemplo. Pues con el tractor, aunque saque un millón de pesetas menos que con los obreros, me quito el coñazo de lidiar con ellos», y esa es la razón del paro que hay tan grandísimo.

Mi idea de siempre ha sido trabajar sólo y no estar a cargo de ningún patrón ni nada. Porque yo a los patronos les he tenido siempre asco. Los patronos del campo han sido los criminales. Yo he conocido en mi pueblo a tíos ricos que habían hecho labor de encargos toda su vida y, cuando han sido viejos, los patronos los han despreciado, los han tirado, y eso yo no lo he podido ver nunca.

Sueño siempre con una huerta. Porque no tengo más disgusto en la vida que el haber visto que de la tierra se hayan aprovechado, se hayan apropiado unos cuantos y otros no podemos tener lo que es nuestra afición. Este es el disgusto que tengo, que la tierra está imposible, que es un dineral.

Sr. Pepe: He estado cuarenta o cincuenta años haciendo carbón. Desde que nací estuve en el oficio este y luego, cuando volví de la guerra, otra vez me metí en él.

Eramos un pueblo de Granada en que todo el mundo hacía carbón y a lo mejor nos juntábamos tres o cuatro familias en un bosque a trabajar juntas. Allí en el bosque, nosotros hacíamos una especie de chozas, con palos cruzados y forrados con hojas de los árboles y con tierra, con su chimenea y todo, y luego con unos cuantos palos más y un saco de paja hacíamos las camas, o sea, que en el suelo no dormíamos tampoco.

Cogíamos la leña, se iba empaquetando a trozos y se hacía una bola grande, se dejaba un agujero en el medio y se enterraba bajo tierra y al cabo de un tiempo se hacía carbón. Servía para todo, para estufa y para quemar. Entonces no había butano, ni había nada, y la gente utilizaba aquellas cocinillas de carbón. Ganábamos el dinero justo para comer, porque teníamos que comprar la leña y el dueño del bosque nos la vendía a un tanto por kilo y eso daba para alimentar a una familia.

Para cuando nos vinimos aquí continuamos ese mismo trabajo durante un tiempo en el Pirineo, pero ya luego lo dejé, ¡no hace años!. Además porque yo no veía ya porvenir en el carbón. Había ya fábricas que lo trabajaban y yo me vine, a Barcelona, porque se vinieron mis hijas y se pusieron a servir. Y ya nos hemos quedado.

Sr. Caballo: Terminada la guerra nosotros tuvimos que refugiarnos en un rancho. Teníamos amistad con el ranchero, un hombre analfabeto pero bueno, y allí estuvimos sus hijos y nosotros. Era por el peligro de cualquier denuncia, porque aunque no habíamos estado mezclados en nada, no podías fiarte. Y yo volví a trabajar al campo.

Pero coincidió que un día me encontré en un bar de Osuna, mi pueblo, a un compañero de servicio con el que habíamos sido íntimos amigos, para lo bueno y para lo malo; bueno, bastante amigos. Dice: «Caballo, puñeta si te he estado buscando y no te he encontrado».

Pues la cosa era que se había arrendado una casa con un socio capitalista de Sevilla para un despacho de bebidas y me querían a mí de dependiente. El socio se llamaba Don Francisco, un avaro imposable, un tío fino, que se le caía a uno el alma. «Y este Don Francisco allí no es un señor, sino el amo del despacho». «Pues mejor que en el campo voy a estar allí», pensé. Era por el año 48. Cerramos el trato, a mí me daban 12 pesetas diarias de sueldo, como lo que se ganaba en el campo. Estaba bien al comienzo, tranquilo. Me ponía Radio Pirenaica, que allí se escucha muy bien; y yo en la puerta de la tienda de vez en cuando, vigilando si se acercaban los municipales para darle el cerrojazo al aparato.

Pero aquello no me alcanzaba. Y tuve que colocarme también de trabajo en el campo. Cuando tenía que parar dos horas, en esas dos horas ¡venga! a es-carbar garbanzos o lo que fuera, y si podía, comía en el campo en cuadrilla; y entonces la ración mía quedaba en casa.

Y empecé a descubrir una serie de cosas raras con el capitalista de Sevilla. Me fui a hablar con él, un tío fino, el más puesto pero el más sinvergüenza que yo haya conocido. La reyerta que tuvimos fue grande. No pagaba las contribuciones y un montón de cosas, y los inspectores querían echarme las culpas a mí. Era el mismo caciquismo del campo pero de otra manera. Quedé en comprarle a él algo de género, pero no todo. Otro día viene y me dice:

— Caballo, usted no compra aquí el vino...

— No, que ya lo hago yo, que lo he aprendido de un libro de química. ¿No hace usted lo mismo?. Usted de algo de mistela, algo de negro y un poco de azúcar de uno hace diez. ¿Es que usted no cree que yo no tengo derecho a criar a mis hijos?

Lucas: Las tierras que yo trabajaba eran mías y tenía unos veinte jornales, porque en Teruel se mide por jornales y cada jornal son ocho horas de trabajo de una caballería. Una parte de las tierras era de montaña, esta zona que era de pinar podía dar mucho dinero, pero como era un franja estrecha no daba tanto; la otra parte estaba en la zona llana.

Toda mi familia trabajaba en el campo: mis hermanas, mi padre, mi madre. Bueno, mis hermanas puede decirse que la tierra la han trabajado poco, porque mientras fueron al colegio, lo hicieron, pero luego se vinieron a servir y a trabajar a Barcelona y el trabajo de la tierra lo dejaron.

Cuando me casé también trabajó conmigo en el campo mi mujer y más tarde mi hija. Nos íbamos por la mañana los tres hasta que terminábamos, y como teníamos ganado, la Tere, mi hija, se iba a guardarlo y cuando encerraba las ovejas venía a ayudarnos a regar y a recoger la huerta. En las tierras de secano cultivábamos trigo, avena, cebada, panizo, patatas, alfaz, pipirigallo, de todo

un poco; y en la tierra de la huerta: alfaz, panizo, patatas, judías, cebollas, peras, manzanas, uvas, melocotones y cosas así. El trigo lo segábamos con la hoz porque es más curiosa que la dalla, y a mi no me gustaba que se echara a perder nada por el camino. También utilizábamos aladros, vertederas y herramientas de mano: ganchos, jalones, hijuelas, en fin todo lo que se necesitaba. De todo lo que sacábamos de la tierra no podíamos vender nada, porque lo gastábamos para comer nosotros y los animales. Y si alguna vez nos sobraba algo de fruta se echaba a perder y se la teníamos que echar a los animales porque no tenía salida y nadie la compraba.

Después de venir del campo teníamos que hacer la cena, arreglar los animales y las caballerías. Por la mañana ya los arreglábamos antes de ir al campo, porque a las gallinas bien les habíamos de dar, y por la noche otro repasón a los conejos y a los demás animales. Después cenábamos y nos acostábamos porque teníamos que madrugar. En la época de la siega nos teníamos que levantar aún más temprano, a las cinco de la mañana nos levantábamos y hasta la noche. Como sacábamos poco de la tierra, yo tenía que ir a jornal para otros vecinos y otros pueblos. Iba a segar a unos pueblos cerca de Teruel, por las masías de Villarongo, y mientras tanto, mi mujer e hija cuidaban nuestra tierra, trillaban, aventaban, hacían la parva, recogían la paja, etc. Pero esto cuando Teresa era más grande porque hasta que tuvo doce años sólo iba a la escuela. Después ya nos ayudaba a guardar el ganado y a trabajar la tierra.

Quien mandaba en Luco de Bordón era el alcalde, el juez, el secretario y el cura, como en todos los pueblos. El alcalde era de los más ricos que había y el segundo alcalde era su hermano. Cuando no era el uno era el otro. En el pueblo se hacían unas juntas para tratar diferentes asuntos, se llamaba y reunían a todos los vecinos y se les pedía el parecer para ver si estaban conformes o no con lo que habían acordado el alcalde, el secretario y los demás. Cuando se acordaba arreglar algo se hacía a zofra, a jornal que dicen. Esto es, no se pagaba, no se cobraban jornales, lo hacíamos entre todos los vecinos, el que le tocaba ir dos días iba dos y al que le tocaba ir cuatro, pues cuatro, hasta que lo arreglábamos. Me parece que es una costumbre de Aragón.

Yo trabajaba desde la punta del sol hasta que se iba. Descansaba un rato para hacer un bocadillo, para comer una hora o dos y hasta que se veía estaba trabajando, porque tenía que mantener a mi mujer, a mi hija y a mi madre, que vivió con nosotros más de ocho años. Ahora no, ahora en el campo ya no se trabaja así.

Julián: Yo trabajaba el campo allí, en el pueblo. Soy de Villamartín, de la provincia de Cádiz, nacido en 1948, y veía una gran injusticia. Iban, por ejemplo, las mujeres, los hombres y unos críos de nueve o diez años. Entonces ese niño de nueve o diez años hacía la misma faena que yo y cobraba como una mujer. La mujer trabajaba igual que yo y ganaba menos. Aquello era una injusticia. Haciendo unas horas de trabajo enorme y encima tratadas así.

Además había otra cosa: que para trabajar había que andar detrás del mani-sero, que es el encargado del personal, el que contrata y dice: «Ven tú hoy y tú para mañana.» Nos tenían achuchados todo el día. Había algunos maniseros que ponían un paquete de tabaco al final de la línea de remolacha y decían: «El que llegue el primero se lleva el paquete de tabaco.» Y todo el mundo a correr, se pegaba uno la gran panzada de trabajar y, cuando llegábamos, el

primero se llevaba el paquete. Pero es que los otros, mientras tanto, habían levantado la faena que tenían que hacer en dos horas, sólo en una hora y éstos no percibían nada. En fin, todo igual. Yo estaba allí aburrido. Si vine a Barcelona fue buscando una cosa distinta, una cosa mejor.

Yo fui un poco renegón en la Iglesia, hasta una edad de dieciséis años, que fueron unos misioneros que llegaron al pueblo y entonces yo no sabía de qué manera entrar a hablar con ellos. Al fin me metí y empecé a hablar con uno. Y los que me vieron me decían: —¿Qué, Julián? ¿Tú también te vas a ir de cura como tu hermano?

Pues bien, fue aquel día la primera vez que confesé y comulgué.

Matilde: A mi pueblo venía un cura todos los meses. Pero yo, cuando tomé la Primera Comunió, no sabía ni lo que hacía. A mi no me habían explicado absolutamente nada, sino sólo eso, que tienes que hacer la Primera Comunió y ya está.

Julián: No todos los curas de allí son igual. Cuando nos fuimos a Andalucía hace tres años nos tocó de cerca el caso del Padre Casasola. Estaba mi hermano con una misa de difuntos porque allí están aún muy atrasados y le hacen a uno un chorro de doce misas. Llamen a mi hermano Luis por teléfono y se va urgente y nos dice que no le esperemos si llega tarde. Volvió a las cuatro de la madrugada. Y entonces me estuvo contando lo del padre Casasola, pues se habían reunido aquella noche los curas para tratar sobre él.

Resulta que este padre estaba reunido con los de la fábrica Roca y llegaron los policías y allí se liaron a pegarle. Al rato llega un policía secreta, cuando le estaban pegando cerca del confesionario y le dice:

—¿Es usted el padre Casasola, verdad? Pues de ésta te vas escapar, pero la próxima te matamos. Y entonces se liaron a pegarle con unos guantes de argollas que se ponen y que eran de hierro. Le pegaron una paliza al hombre hasta dejarle medio muerto y entonces le cogieron en la furgoneta, como el que mete un saco de patatas, y lo llevaron al hospital.

Entonces se reunieron estos curas para ver si había derecho a esto. Sé que estuvieron hablando con el Cardenal Monreal que era el de Sevilla. Los sacerdotes le decían que ese hombre tenía que salir, que no había hecho nada, que lo que estaba haciendo allí como sacerdote obrero era una huelga, una huelga de hambre, como la que hicieron los de Laforsa.

Total, que redujeron los curas la predicación, porque no podían leer el escrito que les dio el Cardenal Monreal porque el pueblo, que estaba con el Padre Casasola se les venía encima. Lo único que pudieron hacer fue, pues, no hablar.

Allí no pueden hablar los curas en la iglesia como lo hacen algunos curas aquí; allí están más cogidos y la jerarquía aquella se les echa encima.

Mi hermano Luis es uno de éstos, una persona al lado del pueblo, con una manera de pensar bastante rara en aquel ambiente. El dice: «Soy uno más»; y lo es, aunque sea cura. No es frecuente en Andalucía encontrar curas así.

Matilde: El cura y el médico son los amos de los pueblos. También los maestros eran una autoridad, aunque más autoridad, es cierto, tenía el cura. Lo que decía el cura esto tenía que hacerse, porque incluso mandaba más que el alcalde. El maestro, el alcalde, el guardia civil y el cura eran los que mandaban allí.

Avelino; ¡Los curas se hicieron odiar tanto por el pueblo!... Allí en mi tie-

rra cada cual tiene su devoción, su virgen, su cofradía: la gente cree. De distinta manera que aquí, pero la gente tiene su fe.

Y ¿qué hizo la Iglesia? ¿Qué hicieron los curas? Para mí la Iglesia ha sido el hombre que va por la calle y sujeta a un niño para que otro le pegue. Nos ha sujetado a todos: «¡No mates! ¡no robes! ¡no peques! que Dios te va a castigar.» Y ¿qué? El rico, mientras tanto, nos ha apaleado, nos ha chupado la sangre a los pobres. Y ahí está la guerra: ¿a favor de quién se pusieron los curas?

Las palabras ya no sirven, porque la verdad de las cosas se conoce en los hechos. Pues bien, en la guerra muchos curas tomaron el fusil por las derechas, y yo creo que algunos lo volverían a hacer. Aunque ya no le hace falta a la Iglesia volver a tomar el fusil, ya tiene bastante: ya tiene el dinero, ya tiene la posibilidad de aplastar, que siempre ha querido la Iglesia a los ricos: ahí está el Opus, ahí está al dinero que cuesta mantenerla. Nunca ha estado tan favorecida la Iglesia como en estos cuarenta años.

Ya sé que esto, para el hombre que lo siente, le tiene que doler, para el que tiene conciencia, oír esto debe ser doloroso. En Can Serra, se ha empleado la Iglesia en favor del pueblo, pero son casos aislados; la guerra a mí me convenció de otra cosa. Las cárceles, los asesinatos, me hicieron llegar a otras ideas.

Damián: Desgraciadamente de los curas guardo muy malos recuerdos. Mi madre se quedó viuda siendo yo muy pequeño. Cuando ella no podía trabajar, tenía que ir a robar, no lo puedo decir de otra manera. Pero yo entonces veía cómo los curas estaban alrededor de la burguesía y cuando le podían echar una mano al pueblo, no lo hacían. Hay cosas que te quedan clavadas en la infancia y ya no se te olvidan en toda la vida. Recuerdo que íbamos a misa. Yo lo hacía por devoción, porque era muy religioso. Además en el colegio del estado también te obligaban a ir, y si no, te ponían falta el lunes y te echaban de la escuela. Pues recuerdo que después de la misa siempre nos quedábamos al catecismo y se hacían una serie de rifas, organizadas por las catequistas, las hijas de los ricos del pueblo. Cuando venía el invierno te daban un vale y tenías que ir a un almacén y allí te daban mantas. Yo no sé cómo lo hacía, pero nunca me tocaba ninguna manta a mí. Siempre era yo la oveja negra; bueno, yo y la gente más pobre. Siempre daba la casualidad de que les tocaba y les daban a los que, no estando con una economía muy sana, tenían por lo menos su casita, tenían sus tierras e iban tirando. A los que más abajo estábamos siempre nos tocaba la negra. También cada año para reyes traían juguetes los curas para repartir en el pueblo y pasaba igual, o sea, que a los pobres nunca les tocaban los juguetes. Los juguetes siempre los traían los reyes a las personas que podían comprárselos. Por eso y por otras cosas no tengo yo ningún buen recuerdo de los curas.

Miguel: Yo la fiesta que más recuerdo, porque fue para mí, es la Primera Comunión. La hice dos veces, para comer. En mi pueblo, el Ayuntamiento, cuando la Comunión, daba almuerzo a los niños: galletas, café y todo aquello que en casa yo no lo veía ni tenía ni idea. Y llegabas allí, y no veas, te dabas el lote. Y los salesianos que allí había me dijeron un día:

—Y tú Miguel, ¿has hecho la Comunión?

Yo ya la había hecho. Iba a decir que sí, pero pienso: «A lo mejor aquí tam-

bién me dan almuerzo.» Y así que dije que no. Pues bien, me prepararon otra vez para la Comunión y lo aguanté todo por el otro banquete, porque es que la necesidad obligaba...

Encarna: Pues yo le decía a mi madre:

—Quiero ir a hacer la Primera Comunión, que fulanita la hace, manganita también.

Y mi madre me contestaba:

—Vete a hacer la Comunión o haz lo que te dé la gana, pero a mi déjame tranquila.

—Mamá, pero yo quiero hacerla. Mira que fulanita la hace, que la otra...

—Haz lo que quieras; a mi déjame en paz. No tengo ganas de primera Comunión ni de tonterías.

Entonces mi tía Carmen, que en gloria esté, me dijo:

—Quieres hacer la Primera Comunión, ¿verdad?. Pues, ¡hala!, el domingo estrenas tu vestido y te vas a hacerla.

Pues bien, recuerdo que me hicieron un vestido de aquellos de crespón que se llevaban, bordado por una chica de mi pueblo, y que fui más sola que la una para la Iglesia. Me hincué de rodillas, comulgué y ya está. Así hice mi Primera Comunión. No vino mi padre, no vino mi madre, ni nadie. La hice y se acabó.

Izquierdo: Pues a mi pueblo iba un señor echando cine, un señor con una máquina, que se ganaba la vida de esa manera, porque nosotros íbamos a lo mejor una vez a la semana al cine. Entonces fue el Obispo y le prohibió de dar películas. El Obispo mismo se lo prohibió. Le dijo que echaba películas inconvenientes y tal... Entonces el señor, ¿qué hizo?. Coge la máquina y, en lugar de hacerlo los domingos, hace los jueves, películas divertidas.

Como se vio que la gente iba mucho, entonces fue el sobrino del Obispo con una máquina de hacer cine allí, en el salón de los curas, y al otro tipo no le dejaban ir. Yo, cuando veo aquello, le digo al sobrino:

—Oye muchacho: aquí no entra ni Dios. Y aquel día nos marchamos todos los mozos sin ir a la película. Y al otro día que llegó con la máquina, digo: «Eh, vámonos.» Y todos se volvieron a marchar y tuvo que coger el tío sin hacer ni una película y marcharse.

En el pueblo no había ambiente. En el verano, a lo mejor. Pero en el invierno no había ni baile, eso también lo prohibían los curas. Así que estar en la cantina de aquí para allá...

Allí no había más que curas. ¡Palabra!. Allí tenían el seminario y había más curas que paisanos. Estaba el convento de los frailes, el seminario de los curas, el monasterio de las monjas de clausura, el convento de las monjas de no se qué... Todo un plan.

Lo único que nos quedaba en pleno invierno, era irte a la bodega, allí que hay bodegas subterráneas, y merendar allí, beber vino, llegarte al bar, beber vino, ir a otro lugar, beber vino... Y si te metías al cine, cuando la pareja se iba a dar el beso, la tapaban con la mano. Yo antes cada domingo iba a misa. Allí en el pueblo, claro, no podías ir a otro sitio.

Leonor: En mi pueblo también el que más peso tenía era el cura. Más que el alcalde, que el pobre no pintaba nada. Los alcaldes allá no pintan, porque

para gobernar a cuatro no vale la pena. Pero lo que pesaba más eran las tradiciones que hacían del pueblo un ambiente triste. La gente, como que se envejecía de joven. Las chicas, por ejemplo cuando se casaban, aunque no tuvieran años ya parecían viejas, se ponían el moño y se acabó. Y para cuando se moría un pariente, las mujeres todas de luto. Un luto riguroso, y como siempre tenías un pariente u otro, porque en el pueblo, quien más quien menos todos somos parientes, terminabas un luto y empezabas ya otro. Yo empecé a los dieciocho años por un tío mío y no lo terminé hasta los 25 que me casé. La gente vestida de negro, parecía más vieja. Mi madre, por ejemplo, se llevaba dieciocho años con mi padre, y a pesar de todo ya parecía mi abuela: gorda, redondeta, bajeta, con cara redonda y gastada... Pero los hombres también: a los veinte años se ponían aquel bigote gordo que parecía que con él tuvieran ya cuarenta y se terminó su juventud.

Dora: En mi pueblo, los que tenían las buenas fincas al lado del río eran el alcalde y algunos otros. Allí no se ponía nunca un alcalde pobre, allí se ponía siempre un alcalde que tuviese dinero, que tuviese tierras. Este último alcalde, por ejemplo, era quien mandaba y quien hacía lo que quería. Otro que hubo se fue a Madrid y cuando regresó, se casó con una chica también rica del pueblo. Sus familiares tenían ganaderías y cosas de ésas. Las tierras ya eran de ellos y de algunos otros del pueblo. Del juez, del alcalde y de las familias ricas.

Agustín: El alcalde era un rico del pueblo y además militar. Creo que lleva por lo menos veinte años en el cargo. El anterior también fue militar, un capitán, creo.

Nuestro pueblo, el de Patricia y el mío, Almocharín, está en la sierra de Montánchez, en Extremadura, casi tocando a la cuenca del Búrdalo, un riachuelo afluente del Guadiana. Llegó a tener seis mil y pico o siete mil habitantes y hoy probablemente no llegará a tener dos mil o dos mil quinientos, si acaso. Se ha ido, pues, muchísima gente en los últimos años. Aunque ahora ha cambiado un poco. Están arreglando las calles, por ejemplo. Pero es que no hay todavía ni agua corriente.

Patricia: Sí, ahora han puesto tuberías, pero aún no hay agua. El agua tiene que recogerse del Búrdalo que pasa cerca y se tienen que expropiar tierras para que corra el canal. Es una tubería, que incluso no se ve por dónde va, pero hay señores que se oponen a que pase por sus tierras.

Agueda: En algunas cosas parece que vamos para atrás. El médico de la cuenca minera de Silos de Calaña, al llegar las vacaciones, cerró su maletín y se han quedado sin médico. Hasta los mineros se pusieron un día a la entrada de la mina diciendo que no entraban a los pozos si no ponían médico. En mi pueblo antes había dos médicos y un practicante; ahora se han quedado con uno para tres pueblos y si lo necesitas tienes que ir buscándolo. O lo que vimos hace dos veranos cuando estuvimos allí: que había tres incendios alrededor del pueblo, uno por la parte de Linares, otro por la de Andújar y otro por la de Sierra Morena. Aquello son todo campos, o sea, que si arde, arde aprisa. Pues

¿qué plantilla de bomberos tiene? Muy simple: los propios mineros cuando vuelven del trabajo. En la mitad del camino los coge la Guardia Civil, y, venga, para atrás, a apagar el campo y están hasta las dos o las tres de la madrugada, hasta que haya pasado el peligro.

Estaba uno que vive al lado de mi tío en la plaza del pueblo y le dice a la Guardia Civil, que estaba reclutando gente:

—Mire, yo vengo de trabajar, pero si todos estos que hay aquí se levantan, yo también voy.

Estaban allí todos los secretarios y maestros y él dice:

—Si éstos no se levantan, yo me voy a mi casa.

¡Es que para matarlos, vamos! Mi tío mismo tiene que estar dando de comer a los hijos de una pobre chavala vecina suya, con cinco hijos. Pues bien: se han quedado enzarzados en cuestiones laborales de la empresa de telares donde ella trabajaba, y como no tienen ni Seguridad Social ni nada, están pasando muchísima necesidad.

Son cuatro o cinco los que viven y comen bien en el pueblo. Porque uno, además de llevar la hacienda y las tierras de su señor, trabaja en un banco. Y los que trabajan en el Ayuntamiento están también en la Sindical.

La verdad es que allí la esclavitud no se ha quitado. Las tierras siguen siendo de unos pocos y mientras esto no se arregle, no hay nada que hacer. Allí no había vida más que para cuatro. Los demás... aguantar y aguantar: ir a misa a la mañana, al rosario por la tarde, dar después un paseo por la plaza y el cura y la Guardia Civil vigilando. ¡Qué injusticia!

José: En Extremadura lo que pasaba es que no había trabajo. Si por la mañana salían a la plaza, por ejemplo, quinientos trabajadores, cogían a cuarenta o cincuenta, como aquí en la Plaza Urquinaona, y los demás a esperar al otro día y al otro, y un mes y otro hasta que llegaban las recolecciones. Yo me vine a los 16 años; pues bien, en enero y febrero yo ya había trabajado hasta las dieciocho horas al día por sólo 400 pesetas al mes. Aquello era muy duro. Y en la época de la siega ocurría lo mismo, pero en septiembre ya no había trabajo para nadie.

La verdad es que se cobraba más con la siega que con la aceituna, porque la aceituna puede esperar en el suelo para recogerla porque sólo pierde el agua, pero no el aceite. Sin embargo, en el verano aquello urge más. Y, además, es más duro lo de la aceituna. En Villanueva del Fresno, mi pueblo, a 30 pagaban la aceituna y a 200 la siega.

Cogíamos la masa de aceitunas en los cachos y la prensábamos a base de brazos, mientras podíamos: dieciocho horas al día, con mis dieciséis años y ganando cuatrocientas pesetas al mes. Ya no digo que quedara agotado, sino rendido: ni cines, ni domingos, ni ir a ningún lado. Acostarte a las diez de la noche y levantarte a la una o a las dos para volver al trabajo. Sólo dormir y trabajar, dormir y trabajar: ni amigos, ni bailes, ni un vaso de vino.

Eloísa: Sin embargo, en mi pueblo de Soria, Abéjar, siendo chica no me tocó ir al campo. Ya iban mis cinco hermanos varones, las dos hembras no, aunque sí que mi madre iba. Con mi padre trabajando en una fábrica, mi madre cultivaba la poca tierra que tenía, labrando y segando. De eso comíamos los siete hermanos y mis padres. Escasez y tenernos que comer un huevo entre dos, eso sí lo pasamos, pero más ya no. Yo sobre todo, me dedicaba a coser.

José: Tampoco en casa faltaba el pan y la leche, porque teníamos una pequeña huerta, pero pan, sardinas y nada más, y aun a veces faltando. Yo nací en el 43, y nuestros peores años fueron los del 48 y 49.

Eloísa: Abéjar, cuando en 1963 me vine para acá, no llegaría a los dos mil habitantes; luego se ha ido despoblando mucho más todavía, porque la tierra es pobre —no da más que cereales, trigo y avena— y está muy repartida al contrario de lo que ocurre en el pueblo de José.

José: De mi pueblo la gente se ha ido porque allí no hay para vivir. De ocho mil habitantes cuando me vine en 1959, no llega ahora a cuatro mil. Los que empezaron a marcharse lo hicieron primero hacia el extranjero: Suiza, Alemania, Francia... En fin ¡eso es lo que provoca el capital! Porque estas tierras de Andalucía y Extremadura no son miserables, y quedan acaparadas entre unos cuantos. La gran mayoría, nada. Por eso pasamos allí tantas calamidades, y por eso recuerdo tantas cosas desagradables de allí.

Damián: Yo soy de Bujalance, provincia de Córdoba, nacido en 1943. Aquello últimamente se va deteriorando. Antes, como el jornal era mucho más barato, se sembraba y el campo producía una serie de cosas, que le resultaban rentables al dueño. En Córdoba se sembraba mucho algodón en aquel entonces, el algodón daba mucho, era muy rentable. Lo que pasa es que el algodón lleva un proceso muy largo y cuesta mucho dinero, no se puede hacer con máquinas, todo se tiene que hacer a base de mano, y esto ha cambiado mucho. Lo hemos visto los años que nosotros vamos de vacaciones. Ha habido una transformación, no solamente en la maquinaria, sino en las plantaciones. Por ejemplo, ahora lo que más te siembran son girasoles, la pipa para sacar aceite. Hay inmensidad de campos nada más que plantados de esto. Y no es que vaya muy caro, sino que no necesita ninguna mano de obra. Esto lo plantan con máquinas, después lo recogen con cosechadoras, que ya desgranar la pipa y la meten en sacos y todo, o sea, que la mano de obra prácticamente está abolida.

Completamente al contrario pasa con el olivo, por eso se están arrancando olivares enteros. El olivo es una de las riquezas mayores que tenía Andalucía y actualmente está perdiendo mucho porque es muy laborioso; la recogida principalmente es muy penosa porque se hace en unos meses muy fríos, de muchas heladas y muy mal tiempo, y entonces la gente, cuando lo hace, lo quiere cobrar. Debido a eso han inventado montones de máquinas, pero hasta el momento no han dado resultado alguno, porque si iban bien para coger la aceituna y echarla al suelo, rompen el olivo y lo destrozan. O sea que el panorama en el campo es cada día peor.

Raya: Mi pueblo es Aldeire, de la provincia de Granada, un pueblo pequeño que tenía cuatro mil habitantes cuando nací en 1945, y ahora tendrá unos mil y pico. Trabajé en el campo y en unas minas que había cerca. Lo que pasaba es que es muy seco y la tierra es muy mala para trabajar. Desde pequeño estuve trabajando en la repoblación forestal y en el campo según las temporadas.

En la repoblación forestal, teníamos unas tres horas de camino para ir y para bajar otras tres, depende de donde fuera, de donde íbamos, y lo hacíamos andando, claro. Recuerdo que lo máximo que llegamos a cobrar fueron 75 pe-

setas al día, pero echábamos desde las 4 de la mañana y llegábamos a las 9 de la noche a casa. No teníamos seguro ni nada, solamente trabajar como unos bestias y con una represión en el asunto del trabajo que era horrible.

Una vez nos enteramos que en los pueblos cercanos estaban pagando la repoblación forestal a 10 pesetas más y nos decidimos a hacer huelga y conseguimos que nos pagaran 10 pesetas más. Luego tuvimos que ir a otros pueblos y allí sí que lo pasábamos mal. Nos pagaban 10 pesetas más y además nos daban la comida, pero nos pasábamos toda la semana en la montaña y dormíamos el uno encima del otro, como cochinos.

Nos prohibían que llevásemos burros, nos prohibían que llevásemos perros, mientras que los encargados podían hacerlo. Me peleé con todos los encargados a puñetazos. No tenía mucho miedo porque sabía que si me echaban, me enganchaba de campesino o de lo que fuera. La última vez que me echaron fue cuando hicimos una carretera por medio de la villa para sacar los pinos y como tenía que venir el ingeniero quería el encargado que la limpiásemos de hierbas en dos horas y yo me eché a reír. Así que me echó.

María: Con lo bonito que es Cazalla... Pero aquello es una desesperación. Te ves como en una cárcel. Coto cerrado, coto cerrado, coto cerrado... Sin una salida. Parece como si toda la vida hubiera sido un enorme engaño: empezando allí por los señores y señoritos que van a montar a caballo y terminando por los curas. Realmente es increíble. Mi madre dice que todo lo que alcanzaba la vista era del pueblo. Pues bien, ahora está vendido todo. ¿Por qué lo han vendido el cura y el alcalde? Dicen que todo era tierra de la Virgen ¿todo eso se lo ha comido la Virgen? ¡Cuánta familia no habrá llevado la Virgen a cuestras! El agua de la fuente también era de la Virgen, pero ya no lo es y ahora la paga el pueblo.

Me acuerdo de cuando íbamos de romería y al lado y lado de la carretera eran pastos para los caballos de todos. ¿Dónde fue todo aquello? ¿De quién es ahora?

Bueno, allí decimos todos que son las tierras del Cardenal. Y ¿para qué las quiere? al fin de cuentas, me da lo mismo: ¡ni cura ni cardenal! Que yo pienso que aquel cura que está bañado en oro —¡aunque sea de las mismísimas joyas de la Virgen!— no es de la misma religión que aquel que está a favor del pobre. Un cura tiene que ser ejemplo de humildad. Nada de capitalismo y todos esos tesoros. Yo pienso que si robaran todas las joyas de la Iglesia, Dios se reiría de contento lo mismo que me reiría yo. Que Dios estaría contento de que mudaran las cosas esas de un sitio a otro para el que las necesite. ¡Y a eso lo llaman sacrilegio! Pero sacrilegio yo creo que es lo que estamos haciendo con los amigos y vecinos, con los que nos necesitan. ¡Noñerías! Yo sé dónde está el bien y dónde está el mal. Pero no puedo ni hablar de las que a mi me han hecho... Eso: desisto. Lo que es negocio, es negocio, aunque se vista de religión. El negocio ¡que lo quiten!, porque para poner tómbolas y circos ya sobra gente.

Damián: Pues yo las fiestas de Bujanlace las recuerdo, a pesar de todo con cierto cariño. Las más bonitas de todas son algunas, como las de moros y cristiano, las romerías y ciertas costumbres y bromas que se hacían. Por ejemplo,

que cuando éramos críos las mujeres mayores utilizaban unos mantones largos que llevan unos flecos de veinte centímetros al final. En el pueblo había una procesión a las cinco o a las seis de la mañana: sacan un santo y lo llevan en procesión por todas las calles. A esta procesión van muchas viejas, madrugan mucho. Recuerdo que cuando se juntaban cuatro o cinco viejas nos dedicábamos a abrirles los flecos y a atar los de una con los de la otra. Las viejas van tan tranquilas durante la procesión, y cuando se despiden la una de la otra, sale una para un lado y otra para otro y el mantón queda en medio. O por las fiestas de Semana Santa.

Primitivo: Yo también recuerdo las fiestas de la Virgen que era cuando el pueblo se ponía alegre.

Antonio: Sí, uno siempre ha ido a esas fiestas. Pero, ¿cómo ha ido? ¡con calzones rotos y sin una peseta en el bolsillo! Eso no es alegría ni es ná. Yo las fiestas del pueblo en sí, yo, nunca las he tenido.

Vicenta: Para los pobres sólo era el pasearse y pasearse. Como si nos sali-mos de ahí y empezamos a darle vueltas y vueltas a la parroquia. Vueltas y vueltas y vueltas, pero no te puedes acercar a nada, porque es para los ricos...

Beatriz: Mi hermana estuvo el año pasado en Sevilla por lo de la fiesta del Rocío. Su marido es de allí. ¡Pues volvieron del todo asustados!. Ellos querían entrar en una caseta pero como no seas socio no puedes entrar, y sólo son socios los de una clase social. El quería pagar una entrada y pasar, pero nada, no le dejaron. Allí no puede entrar todo el mundo en las Casetas. Hay la Caseta de fulanito, la Caseta de menganito, la Caseta de zutanito. Puedes bailar donde quieras, puedes ponerte como quieras, pero fuera. Desde fuera puedes ver todo lo que hacen, concurso de baile, de cante y todo lo que quieras, pero desde lejos. Aquello es para los millonarios solamente.

Cuando yo salí de Extremadura, las comodidades eran casi desconocidas. Las casas de los pueblos eran muy malas. Todas estaban hechas con piedra y barro y blanqueadas de cal por dentro, pero no se vivía bien en ellas. No tenían ni agua corriente, ni luz eléctrica, estábamos todavía con el candil.

No había condiciones. La asistencia médica y la botica eran muy malas. Había niños que morían por falta de cuidados. Y de caminos y carreteras, nada. Mi tío el carpintero tenía que ir por la madera a las Casas del Monte, que era la línea de tren que pasaba más cerca de nuestro pueblo y estaba a doce kilómetros. Tenía que ir con burros en los que sólo podía cargar cuatro tablas malamente. Aquello era pasar mucho. La poca madera que traía se le iba en una o dos puertas y venga, otra vez de viaje. Era una vida de martirio. Empleaba más tiempo en transportar la madera que en hacer las puertas.

¿Qué lujos podíamos tener? Pues artículos buenos no había o no se podían comprar por caros. De vestir sólo lo necesario. Se compraban unos cuantos metros de tela en el verano y se hacían camisas y vestidos para todo el año. Y de zapatos sólo llevábamos zapatillas de goma. Además la ciudad más cercana para comprar otras cosas estaba a muchos kilómetros de distancia. Era Plasencia y estaba alrededor de cuarenta kilómetros.

A pesar de todo echo de menos algunas costumbres del pueblo. Aquí hay cosas que son muy diferentes a las de pueblo y añoras aquellos campos tan hermosos, el río, tu huertita. Además en el pueblo había más sociedad con los vecinos, no se vivía tan individual. Como allí no corría el tiempo, salías a coser la ropa y pasabas toda la tarde con los vecinos y la familia. Aquí se vive más independientemente, porque cada uno somos de lugares diferentes.

Leonor: Mi pueblo muy bien surtido no estaba. Tiendas de ropa no había ni hay, y nos íbamos a comprar a Calatayud que está a media hora en tren. Cada mes íbamos una vez a Calatayud, y comprábamos de todo, así el aceite a granel, ristras de chorizos y muchos fideos. Con eso ya teníamos para todo el mes. Íbamos andando y tardábamos tres horas. También íbamos siempre a Calatayud a las ferias, porque mi padre iba a vender algún macho que tuviera viejo o a comprar algún recrío, y siempre me llevaba a mí.

Sólo había siete u ocho en el pueblo que eran fuertes y ellos llevaban jornaleros a trabajar a sus tierras y trabajaban desde que se hacía de día hasta que se ponía el sol y siempre tenían al amo encima, que no podían pararse ni para hacer un cigarro. Siempre con el amo allí para que no se movieran.

Era la vida muy esclava entonces: a trabajar y nada más. Ahora, aunque cultivan la tierra, se dedican más al recrío. Compran toros pequeños y los van recreando y después los matan para la carne. Ahora cada uno cultiva sus tierras. Hay mucha menos gente y ha cambiado aquello. De los dos mil de hace años ahora sólo quedan viejos y criaturas. Los jóvenes todos se han ido por ahí.

Ruiz: Yo soy nacido y criado en Palma del Río, en Córdoba. Palma tenía entonces 26.000 habitantes y ahora unos 17.000. Allí propiamente no hay más que agricultura. Y la propiedad está en manos de dos o tres personas.

Hoy mismo me ha llamado un sobrino que se viene por el paro, pues un cortijo enorme de la hermandad de los jesuitas que hay allí, ha dejado en el paro a más de 300 obreros.

He tenido una vida agitada. Por necesidad de trabajo he marchado seis o siete veces a Francia. La primera vez que tuve que irme, un compañero de aquí que trabajaba en una fábrica me dio veinte duros y otro amigo de Francia cincuenta pesetas y con esto me fui. Esto era el año 59. Volvía al pueblo y no me faltó la faena hasta el año 63.

Desde el año 63 en que comenzó a fallar el trabajo fui y vine a Francia durante siete años consecutivos a la construcción y a la remolacha. De mi mujer tenía tres hijos y estando en Francia nacieron los otros dos.

A mí siempre me habían apreciado los que llamamos maestros de la construcción. Sólo me reprochaban que yo protestaba, porque teníamos que pagar el seguro agrario cuando no trabajábamos en el campo y los patronos de la construcción cobraban el seguro a los obreros y esto a mí me dolía mucho.

Mi labor política empezó el 59 en el PCE. Este año éramos del partido en el pueblo unas ciento veinticinco personas. Hubo una gran redada donde cayeron aproximadamente unos ochenta, que luego se quedaron en las cárceles entre cuatro, seis, ocho y uno nueve años. Yo no caí porque estaba en la célula de Manolo. A Manolo le cascaron mucho, pero el tío cortó el chorro y no cantó. Le tuvieron setenta horas colgado. Le tenían un cuarto de hora o media

hora normal y vuelta. Manolo ha sido de lo mejor que ha habido. Murió en Cerdanyola electrocutado en el 72.

Me acuerdo que, cuando la ley de excepción, yo estaba en un bar invitando a unos pocos obreros a hacer una asamblea de Comisiones Obreras. ¡Madre mía, como llovía! ¿Y puede alguien creer que fuera estuvo aguantando un guardia la lluvia ¡caladito hasta las entrañas!, porque me estaba escuchando desde una ventanica al lado?. Al salir yo, me dice:

— Queda usted detenido.

— A mí como no me lleve arrastrando yo no voy ahora al cuartel.

— Entonces ¿cuándo?

— Yo ahora no voy a perder el trabajo por ir al cuartel a contarle a usted mi vida.

— Y ¿cuándo irás?

— Pues cuando salga del trabajo.

Y no sé cómo se enteró la gente, pero cuando yo llegué al cuartel ya había allí unas quinientas personas, diciendo, pero «¿por qué van a detener a éste?» Habían corrido la chilla, no sé cómo.

Yo entré. Tuve suerte porque entonces estaba el sargento Don Antonio que dentro de lo malo era lo mejor. El cabo primero decía: «Este es un perrazo, un Fidel Castro aquí en el pueblo, pero ¿no ve, sargento, que sólo le faltan las barbas?» Y el sargento: «Cállese usted, que le estoy interrogando yo». Yo para mí decía: «¡Ay! si yo fuera como Fidel...»

Ellos me decían que yo estaba invitando a la gente a una reunión de Comisiones Obreras y yo les decía que no, que invitaba a los obreros a una reunión.

— Mire, déjeme explicarme, señor sargento, con mis palabras.

— Sí, sí, hombre.

— Mire, yo trabajo con el constructor Villa, soy un padre de cinco hijos, él cobra mi seguro y yo tengo que pagarle. Luego los obreros nos reunimos para eso, para que nos paguen el seguro.

A mi nunca han podido trincarme, siempre he sabido zafarme.

Mi hija, la Carmeluchi, ha hecho muy buenos trabajos, de trece años ya. Era la encargada de la campaña vietnamita y ya sabía lo que tenía que hacer en caso de apuro, quemar todos los papeles de la campaña. Cayó el de la propaganda de Córdoba y entonces nosotros hacíamos la propaganda para toda la provincia: la Rosa, mi mujer, y mis hijas, la Carmeluchi, la Fini y yo, normalmente ellas más que yo. La responsabilidad de la propaganda era muy puta. Cuando venía de Francia me cargaba de libros y de «Mundo Obrero». Yo le he tirado mucho de los pelos para atrás a la Carmeluchi, pues era joven y no tenía miedo de nada.

Carmeluchi: Cuando la huelga del algodón, allí en el campo hicimos una pancarta con sacos los chavales y recorríamos los campos e hicimos parar a todos. Los hombres parados en su chorro mientras iba una comisión a negociar. Lo pagaban a cuatro cincuenta y conseguimos que lo subieran a seis.

En el algodón ya no podía con nosotros la Guardia Civil. Si nos juntábamos a veces hasta tres mil manifestantes. Con la huelga del algodón ya no podía.

Ruiz: La huelga entonces allí en el pueblo no era por un duro más, bueno también por un duro más, pero era una huelga contra el caciquismo. El partido entonces era luchar por la huelga general.

Pero ya la cosa estaba mal allí, pues a mí para darme trabajo tenía que ser una empresa que no me conociera. Todos los maestros de obra me apreciaban,

pero, «mira, Ruiz —me decía— no podemos darte trabajo, porque nos asan»

Luego vino lo del dinero de Solidaridad para los presos, que yo llegué a tener 80.000 pesetas. Después del chivatazo venían a por mí a las tres de la mañana, pero yo lo sabía, el partido me lo dijo. Así que me recogieron y me llevaron a la frontera. Pero el partido me dijo que en Barcelona no había problemas y me vine.

Antonio: Pues a mí me sucedió una anécdota que dice toda la mentalidad de los patronos aquellos y cómo despreciaban nuestro trabajo.

Me ocurrió allá por el año 60, en Palma del Río, de Córdoba, el pueblo de Ruiz. Como yo buscaba trabajo y regando por aquellas fechas se ganaba más, pues me puse a regar. Y regué aquel día y me quedé por la noche, y el otro día y la otra noche. O sea, estuve regando sin parar durante cuarenta y ocho horas sin dormir ni nada. Cuando terminé no podía ni quedarme dormido ¡de verdad!. Me creí que no aguantaría, pero ya estaba dispuesto a seguir un día y una noche más. Y aquel hombre, al final no me quería pagar... ¡Vamos! no me quería pagar porque le parecía caro. Esto es para troncharse: me pagaba a veinte duros las doce horas... Esta fue la madre de todas las que me hicieron. Es que allí es muy duro, la verdad.

Yo pienso una cosa: que nosotros somos del campo, nos hemos criado allí, pero yo he pasado tanto en aquella Andalucía, por falta de trabajo, por el hambre y por no saber dónde cobijarme, que ya no le tengo cariño al pueblo. Porque si ya empiezo que estoy asentado en un pueblo, y luego me he criado en otro, y luego en otros, y en otro, y siempre detrás de la miseria, pues ya se ve que no eres de ningún sitio.

¡Cucha! yo me he venido de allí, de Andalucía, y ya me parece que aquello no es mi tierra. Sólo me acuerdo que allí tengo a mi madre sufriendo. Hay amigos y hay cosas, sí, me alegra verlos, pero ya no les tengo ese cariño. Le tengo cariño a lo de aquí porque es donde estoy y donde puedo comer. Eso lo defenderé yo a vida o muerte. Ya no le tengo cariño a aquello, no lo tengo, porque he pasado muchísimo... llevados de unas manos a otras, de aquí por allá... ¡Ya estaba harto de estar en mi pueblo, de estar sólo sin la Vicenta, y yo allí ¡hala! a trabajar hasta que revientes, a dormir en el pajar, a segar, a labrar el algodón!...

No quiero a mi tierra, ya lo digo, pero la recuerdo. Y como me gusta hacer versos, le dediqué uno a mi tierra el día de Andalucía.

Te llevo muy adentro
donde mi pecho late.
Nunca sabré decirte
lo que llego a amarte.
Por eso, mis versos,
no serán cantares;
son lágrimas saladas,
agua de tus mares.